

EL PULSO DEL PLANETA

Los restaurantes de Obama

El actual presidente y familia son los inquilinos de la Casa Blanca que más salen a cenar. La larga lista de establecimientos visitados arrasa luego entre el público



Obama y el entonces presidente ruso, Medvédev, comieron en Ray's Hell Burger, en Arlington

REUTERS

EMILI J. BLASCO
CORRESPONSAL
EN WASHINGTON



Si a los Obama, Michelle y Barack, les gusta cenar fuera de casa, y les gusta cenar bien. Y por bien entiéndase «con clase». A diferencia de los Bush, de gustos menos sofisticados, fácilmente acomodables a la comida de rancho, los Obama tienen debilidad por la alta cocina. Como jóvenes profesionales que alcanzaron pronto una situación acomodada, en su burgués barrio de Chicago los Obama adquirieron la costumbre de salir a conocer las novedades gastronómicas de su alrededor. Y eso han seguido haciendo después de mudarse a la Casa Blanca.

«POTUS y FLOTUS han cenado hoy en Vermilion para celebrar San Valentín», decía el escueto parte nocturno del 14 de febrero llegado desde el número 1600 de Pennsylvania Avenue, la residencia presidencial. Aunque las siglas («president of the United States», «first lady of the United States») denotan mucho del acelerado modo de vida estadounidense, la referencia al restaurante Vermilion,

en la vecina localidad de Alexandria, indica que la primera pareja de EE. UU. no fue a por «fast food», sino que gastó tiempo y dinero, aunque sin excesos que pudieran ser criticados, en festejar la jornada de los enamorados.

Los Obama son los inquilinos de la Casa Blanca que más están saliendo a cenar fuera. Así que muchas noches, a última hora, se emiten escuetos comunicados operacionales informando que el presidente y su esposa han estado en uno u otro restaurante (como se destalla cualquier otro movimiento presidencial fuera de la Casa Blanca). Por razones de seguridad, la información se hace pública cuando el matrimonio ya está de regreso, pero eso no impide recopilar nombres de lugares y direcciones para luego pasarse por allí y comprobar las preferencias de los Obama.

En la selección priman los restaurantes innovadores, como Oyamel, la particular apuesta del cocinero español José Andrés por la comida mexicana, o con personalidad, como la cocina del chef francés Michel Richard en Georgetown. Pero los Obama no solo satisfacen los gustos propios, sino que además deben cumplimentar artes culinarios nacionales, entre ellos los menús cajún originarios de las proximidades de Nueva Orleans, Okras, un restaurante en la población de Manassas, y las presuntas delicias de Georgia que se sirven en Georgia Brown's.

Vermilion y Oyamel, de un chef español, y Thomas Sweet, para postres, son algunos de sus preferidos

Fuera de los ágapes ceremoniales en la Casa Blanca, cuando Obama lleva a algún mandatario a comer por Washington, normalmente escoge algo más prosaico, sobre todo si es para el más frugal «lunch». Si de lo que se trata es de mostrar cómo es Estados Unidos, nada mejor que sentarse a comer hamburguesas con patatas fritas. Obama llevó al presidente ruso Dimitri Medvédev al muy común Ray's Hell Burger. Al fin y al cabo, la primera incursión gastronómica de Obama en Washington tras llegar la presidencia fue una rápida visita al Ben's Chili Bowl, en una zona de cultural afroamericana por la que luego no se ha prodigado.

Las veladas con su esposa tiene carácter privado y están fuera de las cámaras. Las veces que Obama ha sido fotografiado en restaurantes han sido normalmente almuerzos de trabajo como el que tuvo con su equipo económico en Good Stuff Eatery, otra hamburguesería, o con un grupo de jóvenes en Ted's Bulletin. Para postres, los Obama han acudido Co. Co. Sala, que pone énfasis en el chocolate, y se han pasado con sus hijas Malia y Sasha por la heladería Thomas Sweet.

VISTO Y NO VISTO

POR IGNACIO RUIZ-QUINTANO

SALIDAS

El hecho de ser ministra de Trabajo no le ha proporcionado a la Báñez acento de La Bañeza, con lo cual tampoco está tan claro que el órgano cree la necesidad, como sostiene, para salir de la crisis, el feminismo de campanario.

No falta trabajo; lo que falta son manos.

El feminismo de campanario aplica al aborto la línea de selección que Juan Pedro Domecq aplicó al bravo: sólo toros-artistas. Y es un error, porque en nuestra economía sobran artistas y faltan empresarios.

«Para la crisis, crea una empresa», reza la publicidad municipal en Madrid.

«Para la diversión, echa un polvo», viene a ser la consigna de la telebasura.

¿Y si Ana Botella tuviera de la empresa una idea semejante a la que Emma Thompson tiene del sexo?

—Si lo bueno del sexo es que es gratis, ¿por qué se paga? —dijo tan ricamente la Thompson a su paso por Madrid.

Por si acaso, Llamazares ha creado un partido (de frutos secos), que es su concepto de empresa: dinero público y quincallería comunista. Bueno, siempre es una salida, mientras Rajoy termina de decidirse entre la quiebra y la suspensión de pagos de España.

La diferencia entre suspensión y quiebra es de matiz (político). Antonio García Trevijano, quizá el único político culto que ha dado España en el último medio siglo, ha puesto un ejemplo:

—Me llamó Rafael Calvo Serer y me dijo que el diario «Madrid» estaba en quiebra. Le di la solución: hay que provocar que el Régimen cierre el periódico, para que el desprestigio vaya al Régimen y para que dé derecho a una indemnización.

Con imaginación, no hay ruina que no tenga salidas.

